

Los poetas

(Con un tema de César Vallejo)

Para no tener miedo nos tocamos
con miedo. Ya se han ido los mayores.
Nos han dejado solos... Buscadores
de amor, ciegos de amor, nos tropezamos.

Este pozo es el mar, y en él fletamos
barcos, jugando todo el santo día.
Madre dijo que no demoraría.
Crédulos, insistentes, la llamamos.

Pero las madres nunca vuelven. Pura
se oscurece la tarde; cobra altura
tu estrella, madre, y resplandece, y quema.

Aguardemos sin más el desagravio.
Y, mientras anhelante espera el labio,
naufraga hacia la muerte mi poema.

José García Nieto

Yuheda Halevi da la bienvenida a César Vallejo

Yo, que ofendí mi vida
a la imagen perfecta
de la Ciudad celeste,
hoy te veo llegar
desnudo y muerto
por el campo sin límites
de los muertos de hambre,
de los dos veces muertos,
por el campo desnudo
vas llegando perdido

como niño perdido,
atónito de tanta
soledad, sin cuerpo,
sin tus foscos heraldos,
sin un dolor humilde,
sin un pobre mañana
por la mañana, sí,
que echarte a la memoria,
vaciado y desnudo
como torre baldía
con la certera imagen
de su derrumbamiento
—esa muda visión
de luz amarillenta
en que la torre cae
y lenta es la caída,
pero cae y se agota
en estertor chirriante,
y sólo un perro fiel
dignificarla puede
con sus ululaciones.

Exiliado del mundo,
también yo dejé atrás
cuartos de estar, amigos,
el calor conocido
de sus conversaciones
cual un traje que imita
la curva de los años,
esa antigua rutina
de las calles cruzadas
con los ojos cerrados
o el hedor de las coles
en el patio de luces
—y cómo, cómo amamos
ese olor, esa mugre,
esa feliz ceguera
cuando estamos desnudos
y no nos vestiremos
y no hay perro que ulule
en el hora amarilla.

Pero qué digno llegas,
todo fardo de huesos,
con tu alquimia afilada
de muchacho de barrio

que ha vuelto del revés
 la trama de los nombres
 como a guante olvidado,
 que ha dorado el reverso
 de las horas banales
 y de un guantazo barre
 los sueños imposibles.

Y hoy por fin me libero
 —qué mejor bienvenida
 de poeta a poeta,
 de pobre muerto a muerto—
 del arrogante estigma
 de habitar en los tropos
 del Edén insistente.

José Luis Giménez-Frontín

Un destello un temblor

In Memoriam C.V.

El piensa ahora en sus renunciaciones
 que con ser muchas no se terminaron
 pues faltan todavía por llegar
 el ocaso de todos los deseos
 la desaparición de los amigos
 las grietas en los muros de la casa
 que ama; y sobre todo los recuerdos
 de algunas horas de esplendor
 como campos de trigo al mediodía.
 No le preocupa cuándo ha de morir
 pero quisiera que fuese en el dominio
 de unos ojos frente a los suyos.
 Y de pronto ahí están: ¿esto es real
 o una artimaña de la fantasía?
 No importa: la mirada que esperaba
 está presente y todo en él semeja
 transfigurado al devolverle el tiempo.
 Se percibe un destello hay un temblor